



XXIII

CUANDO me desperté á las ocho de la mañana habíase levantado ya Boy y salido fuera de casa. Dijome Celestín que el señor Conde acababa de salir; que se había vestido en el cuarto de baño para no molestarte, y que le había dejado para mí este recado:

—Que no le esperara á almorzar, porque tenía mucho que hacer y volvería tarde.

Contrarióme esto, porque aunque mis negros temores habíanse mitigado mucho con las espontáneas confidencias de Boy la noche antes, todavía me quedaba el suficiente recelo para desear no perderle de vista un instante, según el último consejo de mi prudente tía la Condesa de Astures.

Urgíame también vislumbrar al menos

los planes de Boy y el término de su misterioso viaje, para tomar yo las disposiciones necesarias, así en la cuestión de dinero, como en la de los pasaportes, indispensables entonces hasta para salir á la calle; cosas todas que hubiera sido temerario confiar á Boy, cuya indolencia de gran señor le tenía acostumbrado á encontrárselo todo hecho.

Resignéme, pues, por aquello de Santa Teresa—el buen entendimiento hace de la necesidad virtud,—y para ganar tiempo y oportunidad, aproveché aquellas horas vacantes para ir á casa del apoderado de mis tíos, D. Braulio Crespo, que vivía allá en lo último de la calle de la Princesa.

Á las doce estaba ya de vuelta en el hotel, y, contra lo que esperaba y creía, me encontré allí á Boy tumbado en un sofá, con los pies más altos que la cabeza, según su pintoresca costumbre, fumando tranquilamente; porque aquella criatura singular tenía siempre el tino de hacer todo lo contrario de lo que había dicho. Dijo que volvería tarde; preciso era, por lo tanto, que volviese temprano.

Al verme aparecer, díjome con mucha paz, sin moverse de su sitio:

—¡Mal principio de semana para el que ahorcan en lunes!...

—Pues ¿qué hay?—exclamé yo, temiéndome algún percance.

—Que he estado á ver á Bermúdez, el Contador de mi padre, y le he encontrado moribundo con una hemiplejía...

—Pues si el ahorcado es Bermúdez, no hay que apurarse mucho, que bien merecido lo tiene.

—¡Ya!... ¡Pero si tú hubieras visto el cuadro que ofrecía aquella casa!... Su mujer, que es joven aún, pero muy enferma y acabada... Una vieja de ochenta y cuatro años, que es su madre, ¡y nueve hijos pequeños!... El mayor, que es mi ahijado, acaba de cumplir diez años... ¡Yo le llevé unos juguetillos, que compré al paso, y la pobre criatura ni los ha mirado!... ¡Daba lástima el angelito llorando por su padre!...

—¿Y á Bermúdez lo viste?...

—No; pero como se enteró que estaba yo allí, hizo muchos extremos, y quiere verme esta tarde después que reciba el Viático... Dice que tiene que decirme cosas de conciencia...

—Pero ¿tiene la cabeza firme?...

—Perfectamente, y él mismo ha pedido

los Sacramentos... El lado derecho es el que tiene paralizado por completo, y es de temer que se extienda la parálisis.

Aquellas confidencias de un tunante que al borde del sepulcro se volvía á Dios y llamaba á Boy, parecieronme desde luego que debían ser de la mayor importancia. Aconsejéle, pues, que no dejara de ir, y respondióme él muy razonable:

—¡Ya lo creo que iré!... Y aunque supiera que sólo iba á recitarme las coplas de Caláinos, iría lo mismo... ¿Quién se niega al deseo de un moribundo?... Lo que no sé si será prudente es asistir al Viático... ¿Qué te parece?...

—Que no debes de portar por allí en diez leguas á la redonda á esa hora, porque seguramente habrá gente que te conozca... ¿Te olvidas de que hay dictado contra ti auto de prisión, y que cuando menos lo pienses te echan el guante al revolver de una esquina?...

—Tienes razón—replicó Boy muy conforme.

Y al verle tan dócil y razonable, me arriesgué á decirle con cierto tono paternal que á veces se me escapaba á mí y siempre exasperaba á Boy:

—Y es necesario que pienses en los papeles...

—Pero ¿no te habías tú encargado de eso?...

—Seguramente.

—Pues sácalos pronto.

—Pero, cabeza de melón—exclamé comenzando á impacientarme,—¿cómo he de sacarlos, si no sé adónde vamos?... ¿Quieres que sea como aquella vieja regañona que pidió un billete en el despacho del tren? «¿Para dónde?», preguntó el empleado. «¿Y á usted que le importa?», replicó ella.

Echóse á reír Boy con fingidas carcajadas.

—¡Cuidado que es gracioso este Burundín!—exclamó burlonamente.—Los cuentos que le ocurren para sacarme adónde voy... Pero si no lo sé yo tampoco, ¿cómo he de decírtelo?...

—Pues ayer me dijiste que hoy lo sabrías...

—Pues si ayer te dije que hoy, hoy te digo que mañana.

—Y mañana me dirás: «Ya se me quitó la gana.»—añadí yo completando la copla.

—No, Burundita, no: lo que te diré hoy y mañana y todos los días, es que discurras

menos que el palo trinquete de mi barco... ¿Tienes más que sacar los pasaportes para un punto cualquiera del extranjero, París, por ejemplo?... Si luego no pasamos la frontera, como es muy probable, esas leguas nos ahorramos... Y si vamos más allá, como es muy posible, tiempo tenemos allí de refrescarlos.

Boy tenía razón, y debí callarme; pero no quise dar mi brazo á torcer y apelé á otro registro.

—Y supongo—dije—que no querrás que se extienda el pasaporte con ese nombre ridículo que has dado en el hotel, de Ingeniero jefe del Canal de Otranto.

—¿Y por qué no, si eso es muy honorífico?...

—Es ridículo y llamará la atención.

—¿Ridículo?... Más lo era el de aquel portugués amigo tuyo, que encontré en el Brasil, y te hacía mucha gracia: «Juan Bautista Salcedo, Cotiño, López de Figueredo y Barbacaes, expasageiro de primera clase na línea de San Francisco de California...»

—¡Yo no he tenido nunca amigo semejante!—exclamé al fin con pueril enfado;—pero lo que te digo es que no encargo el pasaporte con ese nombre...

—¡Pues encárgalo como quieras, Burundita, con tal que no te incomodes!... ¿Te gusta un nombre corto?... Pues pon D. Pío Pí... ¿Lo quieres largo?... Pues pon D. Hermenegildo Haurianagoenatoricagoascoechea... Este nombre me vendría bien si he de pasar por las Provincias Vascongadas.

La llegada del almuerzo cortó la ridícula contienda, y aun tuvo Boy durante éste una racha de formalidad grave y sensata, que me permitió adivinar las líneas generales del plan que traía imaginado y que tan cautelosamente iba poniendo en práctica.

Díjome que la principal razón que tuvo para visitar á Bermúdez, creyéndole bueno y sano, fué la de informarse del estado de la legítima de su madre, de que nunca ni en ninguna ocasión se le había dado cuenta ni hecho percibir el menor provecho.

El respeto á su padre, responsable, al parecer, de todo esto, habíale impedido hasta entonces hacer alguna reclamación de las que en derecho le correspondían. Mas las circunstancias habían variado del todo en cuarenta y ocho horas, y decidido como estaba, á borrarse por completo del mundo durante el tiempo necesario al desarrollo de su idea, no quería que viniesen

á molestarle en su *sepultura transitoria* con reclamaciones justas ó injustas de sus acreedores.

Por eso había decidido también reclamar su legítima materna el mismo día que cumpliese su mayor edad, que era el 23 del próximo Septiembre; pagar religiosamente á sus acreedores y dormir en paz en aquella *provisional sepultura* hasta que el tiempo acallase las lenguas, moderase las curiosidades, hiciese luz en los misterios, y clara y patente la verdad, pudiese él, libre de toda mancha y sin peligro de imprimirla á nadie, volver á reclamar su honor, su nombre y su posición en la vida.

Vi entonces claro como la luz del día, que el único pensamiento y el único deseo de Boy era poner en salvo la honra de una mujer por él comprometida, y que á esto sacrificaba juventud, honra, riquezas, posición, todo cuanto era y podía ser en la vida.

Hícele entonces una observación que me pareció muy fundada:

—Y desde el fondo de una sepultura, por más que sea transitoria, ¿cómo quieres reclamar tu legítima, pagar tus deudas y activar lo que sea necesario para que esa verdad resplandezca?...

—¡Ah!... Porque en esa sepultura no se enterrará más que *medio yo...*; el otro medio, que eres tú, se quedará fuera y hará todas esas cosas y muchas más que se ofrezcan.

Dijo esto Boy con tal seguridad y con tan sencillo y hondo convencimiento de que yo era la mitad de su sér, y podía contar conmigo de modo tan natural y tan infalible como la noche cuenta con el día, que mi cariñosa amistad se sintió halagada y enternecida, y estuve á pique de representar una de aquellas escenas que llamaba Boy de *Julieta y Romeo*.

Guardéme, sin embargo, mi enternecimiento por miedo á las burlas de éste, y él añadió con la candorosa hombría de bien que formaba el fondo de su carácter y que tan raras veces aparecía á flote:

—Y para que este otro *yo moral* tenga también personalidad jurídica, voy á dejarte un poder legal amplísimo para que puedas hacer y deshacer en mi nombre tanto como yo mismo.

Hice yo por toda respuesta un puchero deforme que debió resultar tan ridículo y tan feo, que el mismo Boy soltó la risa. Nada me dijo, sin embargo, y levantándose

de la mesa, pidió á Celestín un coche, y se fué á la calle sin decir adónde iba ni preguntárselo yo tampoco, aunque rabiaba por saberlo.

Tenía yo un grande amigo en el Ministerio de Estado, y fuéme muy fácil adquirir por su medio los pasaportes para París tal y como Boy los deseaba. Hice esta diligencia aquella misma tarde, y ya de vuelta, al obscurecer, entró Celestín mordiéndose los labios para no soltar la risa.

El caso no era para menos; pero al mismo tiempo que risa causóme una inquietud muy grande. Díjome que había en el recibidor un señor viejecito que preguntaba por D. Paulino Vanloo, Ingeniero jefe del Canal de Otranto, y que no pudiendo ver á éste, deseaba hablar en la mayor reserva con su compañero.

Antojóseme al punto que aquel señor viejecito debía ser algún polizonte echadizo que siguiera á Boy la pista, y con esta impresión fuí al recibimiento, decidido á despedirle con cajas destempladas.

Encontréme plantado en mitad del saloncillo á un anciano pequeñito, muy derecho, de barba blanca y abultados parietales: vestía correctamente levita y som-

brero de copa que sostenía en la mano izquierda, y colgábale sobre el pecho un lente de oro muy antiguo, de un solo vidrio, que con movimientos ratoniles se llevaba indistintamente á uno ú otro ojo.

Saludóme con mucha cortesía preguntándome si era yo el primo de D. Paulino Vanloo, Ingeniero jefe del Canal de Otranto... Contestéle muy secamente que yo no era primo de nadie, sino amigo y compañero, y para obligarle á darme su nombre díle yo entonces el mío.

—Soy el Marqués de la Burunda—dije, haciendo una leve inclinación de cabeza.

Mas el viejo, sin darse por entendido, replicó con una vivacidad perfectamente acorde con sus movimientos vivos é impulsados, que por eso llamé ratoniles:

—¿Conque amigos nada más, eh?... Y compañeros, sin duda, de carrera... ¿Es us-tud marino ó ingeniero?... Porque el señor Vanloo me dijo que había seguido las dos carreras.

Nada contesté, convencido cada vez más, con aquella mentira tan gorda, de que aquel hombre era un miserable polizonte; había, sin embargo, en su aspecto cierto señorío, cierta especie de anticuada elegan-

cia que imponía involuntario respeto, y notábase en su acento esa benevolencia protectora, propia del poderoso afable en su trato con los inferiores, que ajaba mi amor propio y me crispaba los nervios, viniendo como venía, á mi juicio, de ente tan bajo y despreciable.

Pero lo que puso el colmo á mi exasperación y á mi alarma, fué esta preguntita hecha á renglón seguido, con aquel tono que me sonaba á mí á impertinente benevolencia:

—Conque vamos á ver... ¿Cuál de los dos es el sobrino del Duque de Yecla, usted ó el Sr. Vanloo?...

Sin contestarle á su pregunta ni darle muestras siquiera de haberla oído, decidíme á poner fin á esta escena, y díjele, imitando su mismo tono impertinente:

—Pero vamos á ver, señor mío..., ¿se podrá saber lo que á usted se le ofrece?

Sorprendióse un poco el viejo, pero contestó muy naturalmente:

—¡Ya lo creo que puede saberse!... ¡Como que no he venido á otra cosa!... El caso es muy sencillo... Su compañero de usted, el Sr. Vanloo, ha estado esta mañana en mi casa para ultimar cierto negocio que tiene

conmigo... No pude darle una respuesta definitiva porque faltaba la aquiescencia de una tercera persona que ha de decidirlo... Esta persona llega á Madrid esta madrugada, sólo por algunas horas, y es necesario que el Sr. Vanloo y yo nos avistemos con ella, en su domicilio, mañana por la mañana á las ocho... ¿Se entera usted?... Esta persona tiene poderosas razones para ocultar sus señas; yo, sin embargo, voy á dárselas á usted para que las transmita al Sr. Vanloo, bajo la palabra de ambos de que á nadie han de comunicarlas... ¿Me comprende usted?...

—No, señor; no lo comprendo ni tampoco me hace falta—contesté agriamente, persuadido de que todo aquello era un grosero embrollo del polizone para tender á Boy algún lazo.

Desconcertóse el viejo con mi grosero modo, no sé si de cólera, de confusión ó de sorpresa, y comenzó á balbucear:

—Pues entonces...

—Pues entonces—le interrumpí yo,—lo que debe usted hacer es poner en un papecito todos esos secretos que á mí no me importan; meterlos en un sobre, sellarlos si le parece, y yo le doy palabra de que

llegarán á manos del Sr. Vanloo sin que nadie más que él los vea... Y ahora mismo —añadí, dirigiéndome á la puerta— le mandaré con mi criado los avíos necesarios.

Mandéle, en efecto, con Celestín, plumas, papel, tintero, una barra de lacre y hasta una caja de fósforos; pero yo no volví al salón, dándole á entender con este grosero modo de despedirle, que daba por terminada la visita.

Un cuarto de hora después volvía Celestín con una carta para D. Paulino Vanloo y una tarjeta para mí, que le había dejado el viejo. La carta venía delicadamente abierta, y yo me apresuré á cerrarla; la tarjeta me dejó estupefacto y aun corrido como una mona.

Porque aquel viejecillo que yo había supuesto y tratado como un miserable polizonte, era nada menos que cierto Grande de España, conocido en todo el reino por su nobleza y rectitud de ideas, y popularísimo más tarde por la energía, la actividad y el desinterés con que trabajó en la campaña carlista que entonces comenzaba á iniciarse en el Norte...

—Pero ¿dónde diablos—me preguntaba

yo—había podido conocer Boy á quel ilustre personaje, y qué negocios misteriosos eran los que había entre ellos?

Una idea terrible cruzó entonces por mi mente, como cruza el espacio en una noche tenebrosa un pájaro siniestro... ¿Sería acaso en aquella sangrienta guerra que se preparaba en el Norte, donde esperaba encontrar Boy la *sepultura transitoria* en que deseaba encerrarse?



BIBLIOTECA PARTICULAR

DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO.



XXIV

ERAN ya las ocho y media y no había vuelto á comer Boy.

Inquietábame aquella tardanza porque en el estado de perpetua alarma en que me tenían los peligros reales de mi amigo y los que por su carácter voluntarioso y terco él mismo se buscaba, cualquiera cosa me hacía temer y temblar.

Envié, pues, á Celestín á casa de Bermúdez para que preguntase á los porteros si el enfermo había recibido el Viático y averiguase con maña si había estado ó estaba allí Boy; vivía Bermúdez en un piso alto del antiguo palacio de los Yecla en la calle Ancha de San Bernardo, y para mayor brevedad mandé á Celestín que tomase un coche.

Púseme yo á esperarle echado de brucés

en un balcón de mi cuarto, que caía á la Puerta del Sol, fumando en una boquilla de espuma de mar y ámbar que con el cuidado y la paciencia de un verdadero *amateur* estaba curando hacía más de seis meses.

De repente diéronme por detrás tan recia palmada en el hombro, que la boquilla se desprendió de mi mano y cayó á la calle, haciéndose trizas sobre las losas. Volvíme ciego de ira para castigar al atrevido, y encontréme á Boy delante, que se abrazó á mí y me dió un beso, exclamando con la alborotada alegría de un niño:

—Perdona, Burundita, que me cegó la dicha... ¡Acabo de tener la mayor satisfacción de mi vida!...

Venía, en efecto, radiante de gozo, y sin esperar á que yo le preguntase, me dijo:

—Figúrate que al fin resulta mi padre inocente de todo lo que me ha pasado... Me echó de su casa, es verdad..., pero sobrada razón tuvo; porque ¡mira que lo de la coplita del lamedor fué un escándalo gordo!... Pero hoy he sabido que nunca ha dejado de tener para mí sentimientos de padre, ni de portarse conmigo como un caballero:

Parecióme la alegría de Boy tan sana, tan natural y tan noble, que le perdoné por el pronto la catástrofe de mi boquilla. Hícele una profunda señal de asentimiento, y le pregunté con gran interés.

—¿Te ha hablado Bermúdez de todo eso?...

—Sí; y me dió testimonio jurado de todo ello.

—Y de la legítima de tu madre, ¿te rindió cuentas?...

—También... Pero eso era lo de menos; lo que á mí me importaba era que me explicase la conducta de mi padre; ¡porque cree que es cruel eso de vivir, como he vivido yo estos últimos años, en la creencia de que me aborrecía mi padre!... Ya se me ha quitado ese peso de encima, que me abrumaba á veces... ¡Y si vieras cuánto me duelen ahora los disgustos que le he dado!...

Entró en esto Celestín anunciando que la comida estaba servida, y Boy se apresuró á decir:

—¡Luego te lo contaré todo y hablaremos largo, largo!...

Aproveché entonces la ocasión para darle la carta que había dejado el viejecillo, y para observar la impresión que le hacía,

dísela cuando estaba ya sentado á la mesa.

Leyóla él sin demostrar sorpresa ni otra emoción alguna, y guardóse la en el bolsillo, exclamando alegremente:

—¡Mejor!... Así podremos marcharnos mañana mismo por la noche.

Y se me quedó mirando fijamente, como deseoso de que le preguntase algo... Mas poseído yo de uno de aquellos repentinos ataques de discreción sobria y digna que solían apoderarse de mí cuando estaba de mal humor con Boy, me limité á contestar:

—Por mi parte, cuando quieras... Todo lo tengo dispuesto.

Al ver Boy que nada le preguntaba, comenzó á hacer burlonas muecas de discreción y comedimiento, con el fin de impacientarme... Logrólo bien pronto, porque el recuerdo de mi malograda boquilla volvía á pincharme de modo cruel en la memoria, y exclamé al fin desabridamente:

—¿Te acuerdas de aquella vieja Paví que pordioseaba medio borracha por las calles de San Fernando?... Si los chiquillos se metían con ella, se ponía hecha una furia, y llamaba á los guardias... Si no se metían, ella los provocaba, diciéndoles: «Muchachos, ¿no me decís *naa?*...» Pues así eres tú...

Si te pregunto, te pones furioso con mis impacencias y curiosidades... Si no te pregunto, te vienes con burlitas á lo vieja Paví: «Muchacho, ¿no me preguntas *naa?*...»

Fingió Boy una hilaridad tal, que copas y botellas bailaron sobre la mesa, y acabó él por reír á verdaderas carcajadas, y aun yo mismo me sonreí algún tanto.

—Pero ¡qué gracia tiene este diablo de Burundín!—decía.—¡Calla!... ¡Calla, por Dios, que me harás morir de risa!... Y ¡qué precocidad para su edad!... ¡Qué sagacidad, qué agudeza, qué lógica sobre todo, que recuerda á la de Zampatoratas:

«Zampatoratas fué por leña
Y se le perdió el morral,
Luego la Virgen fué concebida
Sin pecado original.»

—¡Tu precocidad me asusta, Burundilla! ¿Qué edad tienes, monín?... ¿Veinticinco años?... ¡Pues te digo que esa precocidad no es natural!... ¡Preciso es que llesves en el bolsillo algún viejo Paví que te dicte al oído tus cuentos y sentencias!...

Y á este tenor siguió disparatando toda la comida con tanta gracia y tan honda y

simpática alegría, que logró á poco contagiarme de ella y yo mismo daba cuerda á su charla, embelesado, sin acordarme para nada de mi difunta boquilla y sin guardarle el más mínimo rencor por la espantosa catástrofe.

Al acabar de comer propúsome Boy dar una vuelta, y subimos, en efecto, por la calle Mayor hasta llegar al Viaducto, y atravesando después no sé cuántas solitarias callejas, vinimos á salir frente al Jardín Botánico, muy cérea de la una de la madrugada.

Durante todo este largo trayecto refirióme Boy con mucha gravedad y mesura su entrevista con Bermúdez, y ciertamente el caso no se prestaba á burlas ni chanzonetas.

El infeliz Bermúdez había recibido el Viático y la Unción resignado y devoto, y allí, ansioso y tímido como el que está próximo á dar cuenta á Dios de todas sus obras; humilde y sin esperanza, como el que se ve á dos pasos de convertirse en tierra, pidióle perdón de los agravios y perjuicios que le había hecho, y bajo juramento hizo importantes declaraciones, que unidas á los antecedentes que Boy tenía, y

á las noticias que yo pude procurarme antes, diéronnos á Boy y á mí cuenta exacta de lo sucedido en casa de Yecla desde el momento en que éste la abandonó expulsado de ella.

He aquí el resumen de las declaraciones hechas por Bermúdez aquella noche;

Cuando Boy salió á Guardia marina, señalóle su padre una renta anual de tres mil duros para sus gastos particulares, que elevó á cinco mil el día que ascendió á Alférez de navío. Pagaba el Duque esta renta de sus propios bienes, sin querer tocar para nada á la legítima materna de su hijo, que cuidadosamente administraba, sin aprovecharse de los beneficios que sobre ella le daba la ley, y pagando sin reparo alguno todo lo que á veces excedían los gastos de Boy á la pensión señalada.

Porque Boy era espléndido y generoso como un gran señor; pero su generosidad, que tenía mucho de caritativa, no era el derroche del joven calavera y voluntarioso, sino la gala y esplendidez del rico de alta cuna que gasta rumbosamente su dinero en alegrar la existencia de cuantos le rodean; asediábanle, por lo tanto, muchos pársitos que él no desconocía ni ahuyentaba,

porque su divisa era la de aquel Duque de Sesa, de que habla Antonio Pérez: «Cuando tengo qué dar, doy; y cuando no tengo, doy el sentimiento de no poder dar, con lo cual téngolos á todos por amigos y deudores.»

Sobrevino en esto el rompimiento del Duque de Yecla con su hijo, y desde aquel instante mandó el airado padre á su Contador general Bermúdez que suspendiese la pensión de cinco mil duros que pasaba á Boy, y se le entregase en cambio, íntegra, la renta de la legítima de su madre, para que viviera exclusivamente de lo suyo, y comprendiera así que nada tenía ya que ver con su padre.

Ascendía esta renta á veinticinco mil duros, y quedaba Boy, por lo tanto, cinco veces más rico que antes de ser despedido de la casa paterna... ¡Tan lejos estuvo el noble anciano de tomar una mezquina venganza de su hijo, dejándole atendido á un exiguo sueldo!...

Mas entonces entró en escena Rita Bollullo... Era ésta una de esas mujeres frías y taimadas, que al proponerse una idea caminan derechas á ella con singular constancia, dando todos los rodeos y cometiéndolo todas las pequeñas y aun las gran-

des infamias que se les oponerá al paso.

Era y fué siempre la idea de Rita Bollullo, que heredasen sus hijos la casa de Yecla. Estorbaba para ello Boy, y como no era lo suficiente perversa ni desalmada para cometer un asesinato, parecióle, en su grosera ignorancia, que bastaba para conseguir sus fines deshonrar á Boy ante la sociedad y perderle en el ánimo de su padre.

Imaginó, pues, un plan burdo, pero astutamente combinado, y á él se dirigió derecha, con los pasos silenciosos y constantes del lobo, sin más norte ni más guía que la ambición y el amor desordenado á sus hijos y el vengativo odio al hijastro.

Para esto sólo aisló por completo al anciano Duque, tomando por pretexto sus achaques y aprensiones; interceptó las humildes y sumisas cartas que Boy escribió á su padre, y fué apoderando poco á poco, y en absoluto, de la administración y gobierno de la poderosa casa de Yecla, con la ayuda y cooperación de su cómplice Bermúdez.

Así fué que, cuando el Duque mandó á éste entregar á Boy la renta íntegra del caudal de su madre, fuéle muy fácil á Rita

Bollullo evitarlo y apoderarse ella de aquellas cantidades que el complaciente pero precavido Bermúdez, iba entregándole mediante recibo, que ella firmaba con tanto cinismo como imprudencia: *M. La Duquesa de Yecla.*

Sucedió al fin lo que tenía que suceder, y Rita Bollullo pérfidamente había calculado: que impulsado Boy por la necesidad y por el doloroso despecho que producía en su ánimo lo que creía entonces venganza y dureza de su padre, arrojóse en brazos de los usureros impulsado por Bermúdez, á quien cándidamente se confiaba; y ya he dicho la perfidia con que le puso en las garras de Martínez Colorado, falsificando él mismo, sin conocimiento ni permiso de Boy, la cédula personal que suponía á éste mayor de edad, y dejando, por lo tanto, á merced del usurero, enviarle á presidio cuando quisiera, por falsificación y por estafa.

Este era el momento que acechaba Rita Bollullo, y no bien le avisó Bermúdez que la infamia estaba consumada, apresuróse á comprar el crédito á Martínez Colorado, á nombre de Joaquinito López, para que fuese éste el verdugo que se encargase de

ejecutar la sentencia pendiente sobre el confiado Boy, en el momento y ocasión que ella juzgase oportunos.

Hizo las negociaciones entre ambos usureros y la Duquesa de Yecla, la Condesa de Porrata, esclava también de aquella canalla por las muchas deudas que con ella tenía, y al corriente siempre de todas las infamias que en la caverna de Joaquinito López se fraguaban, por la hija de éste, su peñadora, Mariquita de todos los demonios.

El asesinato de Joaquinito López en visperas casi de lograrse el plan de Rita Bollullo, vino á dárselo todo hecho; porque poco le importaba á ella que en vez de procesar á Boy por estafador, le procesasen por asesino. Lo esencial era que le deshonrasen é inutilizasen, y lo mismo se llegaba á ello por cualquiera de los dos caminos.

Decidió, pues, esperar pacientemente á que se resolviese aquel nuevo enredo, con que la auxiliaba el demonio, sin tomar en él otra parte que la de influir con la Condesa de Porrata y Mariquita de todos los demonios, para que declarasen en el sumario todo lo que más perjudicase al inocente Boy...